

12 años

Autora: Carolina Acuña Canto
Sede Santiago Centro



Son 06:40, ya está despierto, busca un vasito plástico vacío, se estira despacio sintiendo esa extraña irrealidad que acompaña a alguien que ha dormido poco. Camina por la calle Concha y Toro con los ojos bien abiertos, observando a su rededor. La brisa de las 07:00 de la mañana acaricia su rostro y trata de desenredar su despeinada y casi impermeable cabellera. Siente frío en los brazos y picazón en los nudillos de las manos. Al llegar a Alameda, saca unas monedas de su bolsillo y compra un pan de jamón y queso en un kiosco. Unas cuadras más adelante; en Teatinos, compra un jugo de naranja bien helado y se detiene en el bandejón central para disfrutar de su desayuno con tranquilidad.

Mientras come con calma, los recuerdos se entrelazan en sus pensamientos y los sentimientos se reflejan en sus ojos húmedos. Sus sentidos están alerta cada vez que alguien pasa cerca, observa detenidamente la trivialidad, la expresión en el rostro de las personas, en su forma de caminar, en su manera de conversar o no hacerlo. Una vez desayunado, decide caminar hasta la fuente Neptuno y Anfitrite de Merced. En contraste con la vorágine de Paseo Ahumada, se siente pequeño y humano. Alguien lo empuja mientras avanza por Plaza de Armas, pero no se detiene. A las 07:49 siente el frío en la planta de sus pies, marcados por el paso del tiempo.

Se sienta en una banca, desgarrado, pensativo, a su lado deja la bolsa donde guarda sus pertenencias junto al vaso que siempre lleva consigo y las monedas comienzan a caer en él, la gente que pasa le observa pesarosa, lastimera pero distante. Cubre su rostro curtido con las manos y las lágrimas vuelven a aparecer; no puede evitarse el sufrimiento por más que los años pasen, en algún momento este se vuelve inherente al ser, aunque se solape en sonrisas. Diez minutos después, continúa su camino y llega a su destino.

Estando ya a orillas de la fuente Neptuno y Anfitrite, toma un poco de agua de la misma, refresca su rostro y empapa su cabello. Desnuda su torso y lo limpia con cuidado, luego hace lo mismo con sus piernas y pies, en sus bifurcaciones recuerda el día en que un hombre muy anciano se le acercó estando ahí mismo y le contó la historia de esa fuente, se sintió extraño al notar que él no le miró con desdén, sino con ojos paternas, como miraría un abuelo a su nieto mientras le cuenta historias de su infancia. Se llamaba Humberto, tenía 82 años y había sido profesor de historia en un colegio de la Pintana. En tanto recuerda al hombre y sus historias, sumerge las manos en el agua y siente la vitalidad, la juventud; piensa en los días que Don Humberto pudo visitarle y acompañarle un par de horas, algunos días por la mañana antes de que tuviera que partir a ese viaje impostergable, del que se enteró cuando una hija de Don Humberto lo buscó una mañana lluviosa en el mismo sitio donde siempre se sentaban a conversar. De la bolsa que le acompaña saca una toalla raída para secarse la humedad, después de vestirse, guarda las monedas del vasito y lo llena de agua.

Camina hasta Mapocho, cerca de la Vega, ahí está la animita, siempre rodeada de flores y velas que alguien encendió la noche anterior. Se sienta a su lado y con el agua humedece las flores, limpia la fotografía, los azulejos que llevan su nombre y la fecha suceso. Le habla, le habla como si aún estuviera viva y le dice: "Mamá, te extraño, me haces falta".

A los 12 años de edad, aún recorre las calles de la ciudad. Cada mañana le visita; ya han pasado dos años desde su partida. A los 12 años, siente que el mundo no es real y desearía despertar como solía hacerlo, al lado de su mamá, en las calles de Concha y Toro, donde nació, creció y jugó, mientras su madre vendía dulces en los buses de la Alameda hasta el mediodía.